

## EL TESTAMENTO DE ALLENDE

*José Rodríguez Elizondo. Abogado, periodista, autor de importantes libros y artículos sobre derecho y política. En la actualidad trabaja en el Centro de Información de la ONU en Madrid.*



En Chile, ocho años después de su muerte, Salvador Allende es un nombre que limita con el tabú.

Quienes se dicen o sienten vinculados a los partidos de la Unidad Popular, saben que no tendría sentido expresarle públicas admiraciones o reconocimientos. La autocensura tiene una lógica que aplasta.

Los demócratacristianos, por su parte suelen rendirle homenajes crípticos, insertando frases del fallecido presidente en sus discursos o textos escritos. “Más temprano que tarde” por ejemplo, es un giro que aparece hasta en boca de Eduardo Frei. Y, sin saber sabiendo, todos piensan en las últimas palabras de Allende, cuando anunciara que “más temprano que tarde se abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre libre”.

En cuanto a los variopintos hombres de gobierno, los últimos años marcan una curiosa contención. Ya nadie quiere acordarse, al parecer, de esos primeros días posgolpe, cuando la TV mostraba, denunciante, el guardarropa de Allende y algunas botellas de whisky, desde la destruida residencia de la calle Tomás Moro. O cuando la prensa publi-

*Caretas*, núm. 664, Lima, 14-IX-1981.

caba fotos de él y de su secretaria privada, tratando de montar un folletón escandaloso.

Algo indica, en ese sector, que los militares han impuesto un mínimo de respeto al caído. Profesionalmente formados en la valoración del coraje, no pueden mantenerse insensibles ante el gesto de un líder que anunció que de La Moneda sólo lo sacarían “con los pies para adelante”. Además, la evidencia y la documentación históricas demuestran que el civil Allende siempre comprendió y valoró —a la inversa del antimilitar clásico— el rol social y profesional de las FF. AA. Sus palabras del día final, definitivamente, no contienen un solo ataque contra los militares como institución.

### *Unanimidad póstuma*

En cuanto a los chilenos de la diáspora, el fenómeno Allende es el recuerdo que ennoblece las miserias del exilio y que compensa, a menudo, la falta de estatura de otros dirigentes de los partidos proscritos. “El Chicho es el único que todavía no me decepciona”, comentaba irónico un exiliado chi-

leno en México, aludiendo el aniversario de su muerte. El culto a su memoria comprende desde los miristas, para quienes Allende no pasaba de ser un “reformista burgués”, hasta sus independientes amigos personales, para quienes ningún partido de la Unidad Popular supo comprender el pensamiento del líder.

Por lo mismo, el de Allende es un nombre que no se discute. Y esto no deja de ser llamativo si se recuerda que su proclamación para las elecciones de 1970 fue el resultado transaccional de una dura pugna interpartidaria. El no era el mejor candidato para los comunistas ni para los socialistas —que formaban el eje de la Unidad Popular— y puede decirse que fue un mandatario con fuerte base social, pero sin base política propia.

En la práctica, esto implicaba la mediatización de muchas órdenes y directivas presidenciales. Estas llegaban a destino tan tamizadas por los aparatos partidarios, que muchas veces se perdían. Allende, por tanto, resultaba la víctima principal de las crónicas discrepancias entre los partidos de gobierno y del suicida “cuoteo” que sus dirigentes impusieron en el aparato estatal.

### *Rompiendo virginidades*

¿Por qué no era, Allende, el candidato más idóneo para socialistas y comunistas?

Para decirlo con algunos estereotipos: porque no creía que la revolución chilena, “con sabor a empanadas y a vino tinto”, pasara por el modelo cubano, que entonces subyugaba a la tendencia mayoritaria de su partido socialista, ni por el modelo soviético, homogéneamente valorado por el partido comunista. Es decir, ni lucha armada inevitable, ni dictadura proletaria ejercida a través de un partido único.

Ya en 1943, en un documento que no ha sido recogido por los investigadores, Allende afirmaba que la segunda guerra mundial, en desarrollo, “va rompiendo los viejos moldes imperialistas y ha destruido (...) la concepción político-social de la dictadura totalitaria”. Para los países pequeños esto era importante, porque facilitaría la conquista de sus libertades políticas y económicas. Además, porque señalaba, para los socialistas, “la evidencia y la necesidad de poder realizar el socialismo en un ambiente de libertad”, garantizando “el pleno ejercicio de los derechos establecidos en una verdadera democracia”.

Como Allende era un hombre coherente, retomó estos conceptos el primer día de su gobierno, en su discurso del Estadio Nacional. Allí sostuvo la necesidad de perseverar en el “socialismo en democracia” y, cuidadosamente, anotó que “los teóricos del marxismo nunca han pretendido que un partido único sea una necesidad en el proceso de transición hacia el socialismo”. Meses más tarde, en su primer mensaje al congreso pleno —según dicen, elaborado con la asesoría del cientista político catalán Joan Garcés—, provocó una tormenta ideológica al sostener que “Chile es hoy la primera nación de la tierra llamada a conformar el segundo modelo de transición a la sociedad socialista”. Modelo que debía ser “democrático, pluralista y libertario”, y cuya implantación no suponía “recorrer a formas autoritarias de gobierno”.

A esa temprana altura del partido, ya la tendencia más radicalizada del Partido Socialista había consolidado posiciones, llevando a su jefatura máxima al senador Carlos Al-



*Los presidentes Allende y Echeverría en el Auditorio de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad de Guadalajara.*

tamirano. Los comunistas, por su parte, no estaban en condiciones de revisar la concepción leninista de la dictadura proletaria (y no deja de ser curioso que haya sido la propia experiencia chilena la que influyera en el abandono de esta tesis por parte de algunos partidos eurocomunistas). Por eso, frente a las voces de escándalo doctrinario, Allende debió defenderse con una pragmática ironía: “si acaso rompiéramos la virginidad de los ortodoxos pero hiciéramos las cosas, me quedo con lo segundo”.

### *Dictador frustrado*

Con posterioridad al desenlace, Régis Debray escribiría que Salvador Allende fue políticamente “un reformista, un adepto del compromiso, la transacción y el diálogo”. Lo cual es bastante exacto, al margen de que, para el actual asesor de Mitterrand, eso tenía una fuerte connotación peyorativa.

¿De dónde emana entonces, esa imagen de demócrata simplemente “táctico” y de dictador en potencia, que sus enemigos le han querido atribuir?

La verdad es que ella no puede fundarse en ningún texto o discurso propio. Escrito o dicho por Allende en sus más de 40 años de actividad política. Tan es así, que sólo la entrevista que le hiciera Debray (“Conversaciones con Allende”) pudo servir los propósitos ideológicos de la junta de gobierno, expresados en el Libro Blanco que publicara, para explicar y justificar el golpe de septiembre de 1973. Y, como una digresión, habría que decir que esa entrevista disgustó al presidente chileno, quien estimó que distorsionaba su pensamiento en aspectos importantes. Hasta hubo rectificaciones puntuales que Debray, curiosamente, no tomó en cuenta en las ediciones posteriores.

Consecuentemente, es hora de que los historiadores comiencen a investigar, sin prejuicios, la personalidad política del líder socialista. Especialmente a partir de esas últimas palabras, que son una confesión dramática y definitiva de su esencial soledad. En las que no hay mención alguna a los partidos de gobierno. Donde se pronostica que sólo “otros hombres” —¿nuevos dirigentes?— podrán superar “este momento gris y amargo”. En las cuales él se presenta, simplemente, como “un hombre digno que fue leal con su patria”.

### *Clave histórica*

Una reunión social cualquiera, efectuada en Santiago, este mes de aniversarios —gozosos y dolorosos— para los chilenos, ilustra con propiedad esta nueva percepción sobre Allende. Uno de los asistentes, simpatizante de las fuerzas derrotadas, rinde franco homenaje a su valentía. Otro, entre socarrón y provocador, manifiesta que todavía no se sabe si se suicidó o murió en combate. Un tercero, fiero enemigo de la Unidad Popular en “los mil días de Allende”, interviene secamente para decir que la discusión no tiene sentido. Manifiesta que cualquier oficial que guarde la última bala para sí, antes de caer en manos del enemigo, es un hombre de honor y de coraje.

Incidentalmente, durante su vida, Allende fue un gran admirador de José Manuel Balmaceda, líder liberal y presidente suicida. Víctima de la guerra civil de 1891 y autor de un testamento político que, durante muchos años, fue subestimado. Hoy día, Balmaceda tiene un monumento en el corazón de Santiago y en él se lee que “amó a la patria por sobre todas las cosas de su vida”.



*Quería un socialismo sin dictaduras sin lucha armada y sin partido único.*